

Prólogo

Albalut (Granada), 1898

El día amaneció tan negro y desolado como el corazón de la vieja que vivía en la oscuridad de las cuevas. Solo el odio anidaba en su interior. Solo la desesperación teñía cada gota de su sangre. Solo un pensamiento le daba fuerzas para seguir viviendo: venganza. Pero, ahora, su momento había llegado. Por fin se haría justicia y obtendría la definitiva liberación de su alma.

El día amaneció tan frío y gris como el corazón de la novia que estaba arrodillada frente al altar. Había sacrificado mucho por estar allí, y, sin embargo, tenía un mal presentimiento. Esa tormenta no era un buen augurio. Sabía que el hombre que estaba a su lado no la amaba y que jamás lo haría. Pero eso no era un problema. En unos minutos se convertiría en la nueva Marquesa de Mondéjar y cumpliría por fin su sueño. Aunque tuviera que pudrirse junto a ese demente, merecería la pena. Sus futuros hijos heredarían uno de los títulos más ilustres de la nobleza española. ¿Por qué sentía entonces esa angustia que casi le impedía respirar?

El día amaneció tan triste y vacío como el corazón del novio que había tenido que emborracharse para soportar aquel martirio. Nada sabía de la mujer que tenía a su lado. Nada le importaba. Su mente solo era capaz de recordar el maravilloso momento vivido en aquella capilla cinco años atrás. El mismo día en que su alma había muerto.

Cuando el sacerdote pronunció las últimas palabras del casamiento, un relámpago iluminó la iglesia. Todos los allí presentes aguantaron la respiración. Era una señal. Alguien, en el Más Allá, no estaba conforme con esa boda. Y todos creían saber quién era. Pero ni el mejor de los arúspices hubiera podido presagiar lo que ocurrió aquel fatídico día.

Acompañadas de un ensordecedor trueno, se abrieron de par en par las

puertas de la iglesia y un grito desgarrador surgió de la garganta del ser que acababa de irrumpir en suelo sagrado.

—¡Joaquín Luján!

Como salida del mismísimo infierno, una mujer de avanzada edad, cubierta de harapos y con el pelo completamente enmarañado, arrastraba sus pasos por la alfombra que unos instantes antes recorriera la comitiva nupcial. Su dedo, afectado por la artrosis, apuntaba al novio en ademán acusatorio. Estaba sucia y olía mal, pero lo que de verdad aterró a los espectadores fue, sin duda, su mirada. Quedaron petrificados al ver en sus ojos el odio enajenado de aquella Medusa que había perdido la cabeza hacía ya cinco años.

—¡Maldito cobarde! Consentiste que tu familia matase a mi nieta. No tuviste el valor de protegerla. ¿Y tú te llamas «hombre»? No mereces tener a tu lado a ninguna mujer.

Nadie se movió para echar de allí a la vieja. El miedo se reflejaba en los rostros de los asistentes. Todos presagiaban que aquella macabra ceremonia no podía terminar bien.

—¡Albalut!, sé mi testigo eterno y recuerda estas palabras en la memoria de tus gentes —gritó girando sobre sí misma y levantando los brazos como si sus manos fuesen antenas que transmitiesen su mensaje a los confines del pueblo—. ¡Yo te maldigo a ti, Joaquín Luján, y a toda tu descendencia! ¡La soledad será vuestra única compañía y las usurpadoras lo pagarán muy caro!

Dijo esto último mirando fijamente a los ojos de la joven que, atemorizada, hacía girar la alianza recién estrenada alrededor de su dedo. Después, señalando a aquella mano temblorosa, pronunció:

—Maldigo esta casa hasta el día en que ese anillo esté en manos de la sangre de su legítima dueña y, aquí mismo, delante de todos, un Luján la convierta en Marquesa de Mondéjar jurando ante Dios amarla por el resto de sus días.

Entonces, hincando sus rodillas en el suelo, levantó los brazos al cielo en actitud suplicante y gritó:

—¡Oh, Dios Todopoderoso, aquí y ahora renuncio a ti para toda la eternidad! Juro entregarme a Satanás, Señor de los Infiernos, si accede a mi plegaria. Que mi maldición perdure a través de los tiempos y yo, en pago, le entregaré mi alma. ¡Acepta este pacto, Lucifer! Yo lo firmo con mi sangre.

Con un rápido movimiento, sacó una vara afilada y, ante el espanto de la concurrencia, puso fin a su vida. El torrente encarnado que salió de su cuello

tiñó el suelo de color carmesí. Sin embargo, el encargado de marcar a fuego aquel drama en la memoria colectiva, el horror que perduró en las leyendas del pueblo durante generaciones, fue lo que ocurrió a continuación.

Un rayo irrumpió en la iglesia destrozando la vidriera del altar mayor y fue a parar al extremo de la varilla que yacía todavía en la mano inerte de la vieja. Su cuerpo empezó a moverse convulsionado por la descarga, y un fuego, que nacía de su interior, quemó toda su piel. La visión resultaba espeluznante.

Nadie se movió. Nadie habló. Pero en el pensamiento de todos no había dudas sobre lo que había pasado: Satanás acababa de aceptar el pacto.

Alejandro

1

Madrid, 20 de junio

Juan llevaba casi treinta años conduciendo su taxi por las calles de Madrid y estaba más que acostumbrado a ver personas de todo tipo sentadas en el asiento de atrás: empresarios estirados, familias a punto de empezar sus vacaciones, jóvenes nocturnos volviendo resacosos al amanecer... Ese día había tenido suerte. Una joven morena quería que la llevase urgentemente al aeropuerto. La chica era una preciosidad. Se parecía mucho a la mujer de un cuadro muy popular que su cuñado tenía en la casa de la Sierra y enseguida le vino a la mente el famoso pasodoble que comenzó a tararear sin levantar la voz: «Julio Romero de Torres pintó a la mujer morena, con el rostro de misterio y el alma llena de pena...».

No deseaba molestarla, pero se sorprendió a sí mismo echando miraditas furtivas a la muchacha que, en el asiento de atrás, no paraba de hablar por su móvil. Él no era uno de esos taxistas pesados, ni mucho menos un viejo verde, pero el caso es que había algo en los ojos negros de aquella joven que hacía que no pudiera dejar de observarla a través del retrovisor. Además, su voz autoritaria reflejaba una seriedad que no parecía encajar con la juventud de sus facciones, ni mucho menos con la divertida maleta que hacía unos minutos había cargado en su taxi.

—Envía el informe que te pedí a Álvaro, has tenido más de una semana para actualizarlo.

De lo que no tenía ni la más mínima duda era de la poca simpatía que ella sentía por la persona con la que estaba hablando.

—He estado dos horas esperándote, no me vengas con excusas estúpidas.

Juan pisó un poco más el acelerador al ver que ella volvía a consultar por enésima vez su reloj. ¡Sólo faltaría que la muchacha perdiese el avión por su culpa!

—Jorge, llevamos semanas preparando la reunión del martes y sólo falta tu maldito informe. No voy a permitir que una vez más tu incompetencia estropee mis planes. ¿Lo has entendido bien?

Parecería joven, pero los tenía bien puestos, pensó Juan un poco más tranquilo al ver la silueta de la Terminal 1 del Adolfo Suárez Madrid-Barajas.

—¡Me da igual que en un papel ponga que el próximo lunes serás mi jefe! A ver si se te mete en la cabeza que esto está por encima de ti y de mí, y que, si no lo conseguimos, la situación comenzará a ser muy crítica.

A Juan casi le da algo cuando la oyó decir aquello. ¡Estaba hablando así a su próximo jefe! Tal y como estaban las cosas, o estaba muy loca o sabía que aquel tal Jorge no podría prescindir de ella tan fácilmente. Pero, claro, por su conversación parecía que era la chica la que mandaba... Uf, demasiado complicado para un simple taxista.

—Escúchame bien—continuó la joven—. Durante esta semana espero que Álvaro no tenga que llamarme para decirme que hay algún problema relacionado con tu parte. ¡Y haz el favor de ponerte las pilas de una puñetera vez, que para eso vas a ser el jefe!

Por lo menos con Juan no se iba a enfadar, porque había conseguido llegar a tiempo a las puertas de entrada de la Terminal 1.

—Efectivamente, Jorge, como tú bien dices, tenemos mucho de qué hablar a la vuelta de mis vacaciones.

Fueron sus últimas palabras antes de guardar el móvil en su bolso, sacar la cartera y pagar en efectivo el importe del viaje. Cuando salió del taxi, Juan ya la estaba esperando con su extravagante maleta en el suelo. Ella la recogió sin prestar apenas atención, seguía ofuscada por su conversación anterior, y el veterano taxista sintió pena, no quería que se marchase de vacaciones con aquel gesto adusto. Y entonces se le ocurrió hablarle de algo agradable que le hiciera olvidar por un instante su malestar. Con gran educación, le preguntó:

—Señorita, ¿le han dicho alguna vez que se parece usted mucho a las mujeres que Julio Romero de Torres pintaba en sus cuadros?

Y ahí se produjo la transformación. El cambio operado fue casi milagroso. La rigidez de su expresión desapareció por arte de magia y una tierna sonrisa se instaló en sus mejillas. Como si una mano invisible hubiese quitado el velo de animosidad que cubría su semblante, como si un ángel hubiera tocado con sus alas aquel bello rostro inundándolo de dulzura y luminosidad.

—Sí. Cuando yo era niña, mi abuela me lo decía todos los días antes de darme su beso de buenas noches.

Los ojos de la joven reflejaban un afectuoso agradecimiento por las palabras de Juan, y, una vez más, aquel viejo filósofo del asfalto reflexionó sobre los entresijos de la condición humana: «¿Qué tendrá el amor que, en los momentos difíciles, un simple recuerdo nos da la fuerza que necesitamos para continuar?».

Con este pensamiento, Juan se quedó solo en el taxi sin poder apartar su mirada de la muchacha que, atravesando el umbral de cristal, se acercaba un poco más a su destino.

El instante de bienestar que Sara había sentido al recordar a su abuela María se esfumó rápidamente al ver la enorme fila de gente que esperaba para facturar el equipaje. Con gesto automático volvió a consultar su reloj, y unas manecillas sobre el rostro de Darth Vader le recordaron que llegaba tarde. Las 11.30, casi una hora después de lo que tenía planificado. Todo por culpa de Jorge. Llevaba una semana esperando la actualización del informe que le había pedido, pero este no había dejado de ponerle excusas para no hacerlo. Como medida extrema, Sara le había convocado a las 9.00 de ese mismo día. Quería zanjar el asunto antes de irse, pero, tras dos horas esperándole, no había tenido más remedio que marcharse con el absoluto convencimiento de que Jorge tramaba algo. Pero ¿el qué? Cualquier cosa se podía esperar de ese trepa engreído y manipulador. Lo extraño era que ya había conseguido lo que quería. ¿Por qué entonces se empeñaba en no mostrar los datos que ella le demandaba? Quizá lo más sensato fuera cancelar esas dichas vacaciones... «Te mata si lo haces», se dijo a sí misma recordando el origen de aquella idea. «Además, ¿qué puede suceder en una semana que sea peor que lo que ya ha pasado?»

Decidió apartar de su mente ese doloroso pensamiento. Lo importante era que todo estaba preparado para la reunión del martes, y los datos de Jorge que faltaban eran poco relevantes para alcanzar su meta. La información clave la había preparado gente de su confianza, y ella misma había repasado mil veces la presentación y los anexos para asegurarse de que no faltaba nada. Lo más difícil

sería la parte en la que tendría que explicar el nuevo cargo de Jorge. Solo de pensarlo se le retorcián las tripas. Aquel hombre de apariencia refinada y elegante, educado en los mejores colegios de pago, no era más que un pavo real que no dudaba en avasallar a los que creía inferiores a él. Podía humillar a sus víctimas sin ningún tipo de compasión, y si estas llevaban falda todavía peor. Tres meses atrás, Sara había tenido que amenazarle con una denuncia a la policía si volvía a acosar a una de las becarias. Era repugnante, y mucho se temía que, una vez acomodado en su nuevo cargo, sería casi imposible pararle los pies.

El futuro que Sara había soñado se había roto en mil pedazos durante la madrugada del 2 de junio, y el que había surgido en su lugar se tornaba más aciago por momentos. Pero aunque tuviera que vivir en un mundo de pesadilla no cejaría hasta conseguir su objetivo.

Pero primero necesitaba recuperarse, necesitaba desconectar por un tiempo de todo aquello. Necesitaba encontrar la fuerza y la entereza que había perdido con los últimos acontecimientos, y esperaba desesperadamente que aquel viaje contribuyera en gran medida a ello.

Una vez libre del peso adicional, corrió por la terminal como si le fuera la vida en ello, pero al llegar al control de seguridad se le hizo un nudo en el estómago. El número de personas que aguardaban a ser atendidas era bastante superior al que ella esperaba. Como no se dieran prisa, definitivamente perdería el vuelo.

Empezaba a pensar en la forma de pedir a alguien que la dejase pasar delante, cuando sonó su móvil. La foto de su amiga Marta aparecía en la pantalla.

—¡Hola! —La voz al otro lado del teléfono sonaba un tanto ansiosa—. ¿Estás ya en el avión?

—¡Qué va! Todavía ni he pasado el control—dijo con frustración.

—¿Y eso? —quiso saber Marta, bastante preocupada.

—Nada, prefiero no hablar de ello porque me voy a enfadar más... Dime, ¿qué pasa? ¿Por qué me llamas tan apurada? —preguntó con inquietud—. ¡No me digas que se ha cancelado el viaje!

Marta era su vecina y, desde que la conoció, su mejor amiga, así como la lianta que la había convencido para que dejase todo por un tiempo y se fuera de vacaciones. Pero a unas vacaciones que la ayudasen a ella a testear la nueva aventura en la que se había embarcado. Y es que Marta acababa de asociarse con un americano y se dedicaban a organizar viajes por el Mediterráneo...,

o algo así le había contado. El primero que lanzaban al mercado era el crucero en el que, si todo iba bien y conseguía llegar a tiempo al avión, Sara se enrolaría al día siguiente desde Atenas.

—¡No, por favor! —suplicó Marta—. Ya sabes que me juego mucho en este circuito. ¡Si algo sale mal, me da algo!

—Tranquila, estoy segura de que lo tienes todo controlado. Y ahora dime —dijo Sara para que cambiara de tema—: ¿por qué me has llamado con tanta urgencia?

—Bueno... La verdad es que quería asegurarme de que no te echabas atrás en el último momento —respondió con sinceridad.

—Pues el caso es que llevo un día que es como para planteárselo —contestó Sara con cierto grado de resignación—. A lo mejor debería dar media vuelta...

—¡Ni se te ocurra! —cortó de inmediato—. No me puedes dejar tirada en esto, necesito a alguien de confianza para que me cuente su experiencia.

—Era broma...

—Ya... —Marta no parecía estar muy segura de que tras esa «broma» no se escondiera algo de verdad.

—Oye, te dejo, que parece que por fin me toca a mí —finalizó la conversación con cierta premura—. Hablamos a mi vuelta.

—Está bien... Pero ¡prométeme que vas a desconectar y a intentar disfrutar todo lo que puedas estos días!

—Lo intentaré —concedió Sara, aunque ni ella misma se oyó muy convincente.

A sus veintiocho años ya no recordaba la última vez que había viajado por un motivo ajeno al trabajo. Parecía increíble, pero habían sido años de duro esfuerzo laboral en los que unos días de asueto no habían tenido cabida. Quizás, a partir de ahora, todo cambiaría.

No saltó ninguna alarma cuando Sara cruzó el umbral del arco de seguridad, pero, sin embargo, su bolso se resistió a salir tras los flecos de la pasarela. Miró a la vigilante que estaba evaluando las imágenes que recibía en su pantalla, preocupada por si esta hubiera encontrado algún objeto que le resultase sospechoso, pero, para su sorpresa, el retraso se debía a que la mujer estaba contemplando un destino más allá del que su labor profesional requería. Sara se giró, siguiendo la dirección de su mirada, hasta llegar al punto de su interés.

Un hombre.

¿Qué tenía de especial? A fin de cuentas, no era tan raro que alguien fuera cacheado por la Guardia Civil tras hacer saltar la alarma de uno de los arcos de seguridad. Algo se le estaba escapando. ¿Acaso sería algún famoso que ella no conociera? «Quizá sea un deportista de élite o una estrella del fútbol», pensó fijándose en su musculado cuerpo. Aunque también tenía pinta de modelo. ¿Saldría en algún anuncio? Alto y corpulento, de unos treinta y pico años, vestía de forma sencilla, con una camiseta blanca y vaqueros ajustados. A su lado, vio a un par de chicas cuchicheando sin quitarle el ojo de encima. La mente de Sara se olvidó de que tenía que coger un avión, intentando averiguar qué se le escapaba a ella que las demás veían.

Un golpe seco a su izquierda la trajo de vuelta a la realidad.

Se sintió completamente ridícula al darse cuenta de que su bolso, acumulado junto a las pertenencias del resto de las mujeres que también miraban hacia otro lado, se había caído y todo su contenido estaba desperdigado por el suelo. ¡Lo que le faltaba! Ahora sí que llegaría tarde y el avión se iría sin ella. Por un momento tuvo ganas de echarse a llorar. ¿Qué más podía salirle mal aquel día?

Comenzó a recoger sus cosas y descubrió que su cartera se había abierto completamente, dejando a la vista la solapa transparente en la que ella guardaba uno de sus bienes más preciados: un recorte de fotografía. Se trataba de una tira alargada, un poco deteriorada por el paso del tiempo, en la que una preciosa joven, vestida al estilo de los años cincuenta, sonreía con ilusión al enamorado fotógrafo que había capturado aquel instante con su cámara. «¡Qué guapa era!», pensó con nostalgia admirando con cariño la imagen de su abuela María. Aquella foto le traía muy buenos recuerdos, y, cada vez que la contemplaba, podía sentir la magia del momento en el que, a través de un objetivo, sus abuelos se vieron por primera vez y sus vidas quedaron unidas para siempre. A menudo se había preguntado por qué su abuela habría cortado la foto de forma tan radical. ¿A quién había querido eliminar de su pasado? Estaba claro que había ido agarrada de la mano de alguien o, por lo menos, eso se intuía por el ángulo de su brazo. Sara estaba convencida de que, en el trozo que faltaba, aparecería un antiguo novio de su abuela, pero esta siempre se había negado a hablar sobre el tema. Lamentablemente, ya nunca lo sabría.

Recordar a su abuela María hizo que rectificara rápidamente su pensamiento negativo anterior. Ella siempre le recriminaba cuando se quejaba de que algo le salía mal: «Niña, en esta vida las cosas siempre pueden ir a peor o

a mejor, todo depende de lo que de verdad desees y de lo que hagas para conseguirlo». Así que se prometió a sí misma hacer lo imposible para que su día, sus vacaciones y su vida mejorasen de una vez por todas.

Y, como si alguien hubiera escuchado su determinación silenciosa, sintió detrás de ella un alma caritativa que comenzaba a recoger sus cosas. Todavía quedaban buenos samaritanos por el mundo.

Se disponía a darse la vuelta para agradecer el gesto, cuando oyó que, en lugar de la voz femenina que hubiese esperado, una firme y varonil le decía:

—Perdona, creo que estas monedas son tuyas.

El «muchas gracias» que tenía pensado pronunciar murió en sus labios, dando paso a un silencio comprometido. Se encontró de frente con el hombre que había sido el foco de atención de todas las mujeres, incluida ella. Ni se fijó en las monedas que él mostraba en su mano, solo en la amistosa sonrisa que le brindaba y en sus ojos, de un azul tan claro que parecían desafiar al negro azabache de su cabello.

«De cerca impresiona más», pensó mientras le hacía un rápido chequeo a sus facciones, «pero no debe de ser modelo porque tiene la nariz demasiado grande... A lo mejor es uno de esos famosillos que salen en las revistas del corazón».

Pero no pudo seguir analizándole.

En cuestión de un segundo, el desconocido borró la sonrisa de su rostro, abrió de golpe los ojos y la intensidad de su mirada la atravesó como si fuera un certero arpón. Por su cabeza pasó la imagen del pequeño ratoncillo que es hipnotizado instantes antes de ser devorado por la cobra. Por puro instinto de supervivencia dio un paso hacia atrás, pero el hombre se lo impidió atrapándola por la cintura.

Sara se quedó petrificada.

Aquel tipo acababa de capturarla y sus intenciones no tenían pinta de ser nada buenas. Sin embargo, no fue su brazo de acero lo que la mantuvo cautiva. Ni siquiera su intimidante cuerpo pegado al suyo. Fueron sus ojos, dos peligrosos volcanes de iridiscente fuego azul, dos piras ardientes y hechizantes por igual. Su mirada la amarró con cuerdas invisibles y la mantuvo indefensa, mientras sus labios se aproximaban peligrosamente a los de ella.

Su mente le decía que debía empujarlo o, por lo menos, gritar pidiendo ayuda, pero su sentido común había caído prisionero del aroma masculino: azahar, vainilla y miel, con un toque de aterciopelado almizcle suave.

Entonces, él susurró con voz profunda, emocionada, casi etérea:

—¿Quién eres tú?

Aquellas palabras fueron como un despertador para Sara. La liberaron del momento irreal que acababa de vivir y le hicieron recuperar la cordura. Comprendió que solo una persona trastornada se comportaría de aquel modo delante de tanta gente y retomó el control de su cuerpo. Estaba en peligro, aquel desequilibrado podría agredirla en cualquier momento. Intentó mantener la calma, parecer tranquila. Si se ponía a gritar pidiendo auxilio, a saber lo que ese hombre le haría, era demasiado fuerte.

Por eso, haciendo acopio de todo su valor, comenzó a hablarle en un tono relajado, amigable, como si tuviese delante a un niño pequeño:

—Mi nombre es Sara... De verdad, ha sido un placer conocerte y me encantaría quedarme un rato a charlar contigo, pero te voy a pedir que me sueltes. Tengo que coger un avión si quiero empezar mis vacaciones. Lo entiendes, ¿verdad?

Y entonces él volvió a sonreír.

—Sara, el placer ha sido mío —pronunció, mientras la liberaba rápidamente de su abrazo—. Yo soy Alejandro.

Por arte de magia, el perturbado se había esfumado y en su lugar había reaparecido el tipo encantador que la había ayudado. Sin embargo, parecía nervioso cuando depositó en la mano de Sara las monedas que aún guardaba. Ella las aprisionó con fuerza. Él no la soltó.

—Te pido mil disculpas por mi comportamiento —titubeó, antes de continuar con una extraña emoción en sus palabras—, pero te juro que es la primera vez que hablo con una mujer con un rostro como el tuyo.

Después, girándole suavemente la mano, se la llevó a los labios, dejando su huella en la delicada piel que se estremeció ante aquel extraño beso de despedida.

Sin decir nada más, se marchó.

2

Solo el sonido del móvil consiguió que apartara la mirada del hombre que se alejaba de ella como si nada hubiese sucedido. ¿Qué demonios acababa de ocurrir? Todavía tenía el corazón a punto de salirse por la boca. ¿Desde cuándo a ella le pasaban cosas tan raras como aquella? Tenía que tranquilizarse. Lo mejor sería olvidarlo y concentrarse en llegar al avión. Un último vistazo por si se le había olvidado recoger algo del suelo y salió corriendo. Con el terminal ya en la mano comprobó que era un número rarísimo el que aparecía en la pantalla.

—¡Estás perdiendo facultades, mi capitán! Esperaba tu llamada ayer, cuando me confirmaron el vuelo —dijo con recochineo. Ya le extrañaba que su hermano no la hubiese llamado antes.

—Muy graciosa, lorito. —Sara sonrió al oír cómo la llamaba Lawrence. Se había ganado ese apodo con solo dos años, porque hablaba muy bien, siendo tan pequeña y, sobre todo, porque no paraba de hacerlo—. ¿Cuándo pensabas decirme que te ibas de vacaciones?

—No pensaba hacerlo. ¿Para qué, si ya te enteras tú solito por tus propios medios? —replicó con sorna—. Además, tú tampoco me cuentas nada de tu vida y yo no te pregunto, ¿verdad?

—Sabes que estás siendo injusta. Yo no puedo decirte dónde estoy —contestó muy serio—. Pero no por ello dejo de preocuparme por ti.

Era cierto. Desde que Lawrence se había incorporado a la Unidad Especial de Intervención de la Guardia Civil, sus misiones le habían llevado por todo el mundo, pero continuamente había estado pendiente de ella. A pesar de los años, mantenía esa actitud protectora que había adoptado desde que ambos se quedaron al cuidado de la abuela María tras la muerte de sus padres.

—Vale, llevas razón. Lo siento. —Al final, siempre le tocaba reconocer la verdad, pero le encantaba chingarle.

En ese momento, Sara llegó a la puerta de embarque y se alegró al comprobar que había llegado a tiempo. El vuelo salía con un ligero retraso. Enseñó su DNI y su tarjeta de embarque a la azafata, y comenzó a caminar por la pasarela que habían dispuesto para acceder al avión. Mientras seguía hablando con su hermano, revisó el número de asiento que le habían asignado.

—¿Así que te vas de vacaciones? —preguntó Lawrence como si no se lo creyese del todo—. ¿Puedo preguntar a qué se debe semejante novedad? ¿Por fin te has dado cuenta de que en la vida hay algo más que el trabajo?

—Espera, ¿me lo estás diciendo tú, Don «mi vida es el servicio a mi país»? —respondió casi ofendida.

—Mi caso es diferente.

—Claro...

Se sentó en el asiento A08. Ventanilla en el lateral izquierdo, tal y como había pedido a Marta.

—Lorito, solo te llamo para comprobar que estás bien —continuó Lawrence, pero esta vez con cierto tono de preocupación—, y que el motivo por el que te vas de vacaciones no tiene nada que ver con la muerte de Marcelo.

Sara cerró los ojos durante un instante. No esperaba que su hermano le recordara ese momento tan doloroso para ella.

—Tranquilo, mi capitán. Estoy bien —respondió, intentando creerse ella misma sus palabras—. Necesitaba unas vacaciones y he aprovechado el momento. Han pasado muchas cosas últimamente y creo que me conviene pensar en ellas y en mi futuro.

Sara bajó la voz y se giró hacia el ojo de buey. Alguien se había sentado a su lado y no le apetecía que un extraño se enterara de su vida.

—Bueno, si es así, me quedo más tranquilo —concedió Lawrence—. Sé que eres una mujer fuerte y que puedes con esto y con mucho más, pero eres mi lorito y necesito que entiendas que siempre podrás contar conmigo aunque no esté a tu lado.

—Lo sé. —Y realmente lo sabía.

—¿Recuerdas el nuevo método para localizarme en caso de emergencia? —cambió él de tema.

—Sí, no te preocupes, si te necesito escribiré en Twitter que «tengo antojo de helado».

—Alumna aplicada —dijo Lawrence satisfecho.

—Bueno, te dejo, que tengo que apagar el móvil antes de que se ponga el avión en marcha.

—Diviértete mucho, lorito. Y a ver si aprovechas y te relacionas con gente que, si le hablas de Petri, piense en una playa y no en una placa de cultivo.

—¡Mira, mi hermanito se ha levantado hoy chisposo! —Sara, no pudo evitar sonreír ante su juego de palabras—. Anda, cuelga ya... Un beso... Y ¡ten mucho cuidado! No te arriesgues sin necesidad, ¿vale?

—Siempre lo tengo —aseguró él con firmeza.

Sara apagó el móvil y se quedó unos instantes pensativa mirando por la ventanilla sin ver lo que había en el exterior. Todas las noches pedía a un Dios, que no tenía muy claro que existiese, que protegiera a su hermano allí donde estuviese. Era algo que su abuela María le había inculcado y que no tenía ninguna intención de abandonar.

Se giró despacio en su asiento para prepararse para el despegue, cuando se topó de bruces con un billete de avión que ocupaba todo su campo de visión.

—Mira el número de mi asiento antes de pensar que te estoy acosando.

Sara miró al hombre que había pronunciado aquellas palabras y entonces fue ella la que no pudo articular ninguna. Imposible. Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. El señor «¿Quién eres tú?», estaba sentado a su lado sosteniendo en una mano la prueba de que sus vacaciones iban de mal en peor.

—Perdona —continuó Alejandro—, no quería volver a asustarte.

La situación la había pillado tan de sorpresa que fue incapaz de responder. Él, dándose cuenta, continuó hablando:

—Por favor, compruébalo tú misma. Este es mi billete y este, mi asiento. Si quieres, no volveré a dirigirte la palabra en lo que queda de viaje, pero te aseguro que no es necesario que llames a la azafata para que avise al de seguridad.

Acompañó sus palabras con la misma sonrisa encantadora que la había desconcertado antes. Estaría loco, pero en su estado lúcido parecía un tipo agradable, quizá demasiado para ser normal.

Instintivamente, buscó el botón de emergencia para asegurarse de que lo tenía localizado. Luego, comprobó que el billete correspondía al asiento de al lado. No había dudas, ese hombre tenía que ir sentado a su lado. No la estaba acosando. Respiró hondo. «Venga, tranquilízate. ¿Qué puede hacerte aquí?

Hay gente por todas partes», se dijo a sí misma para infundirse los ánimos que no tenía. Inspiró de nuevo, y se obligó a decir:

—No voy a llamar a la azafata.

«De momento», pensó, intentando que su boca formara una sonrisa que se correspondiera con la de él, sin parecer demasiado forzada.

—No me has asustado, solo ha sido la sorpresa inicial —continuó, pensando que una mentira piadosa no hacía daño a nadie—. Qué casualidad, ¿verdad?

—Sí, milagrosa casualidad... —contestó su acompañante con un toque de misterio en la voz, pero en ese instante el avión arrancó y Sara vio cómo Alejandro se ponía muy serio, se colocaba con la espalda apoyada en el asiento y cerraba los ojos. Y ahora ¿qué le pasaba?

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sara sin poder contenerse. Ese tipo era de lo más raro que se había encontrado en su vida.

—No quiero ser descortés —respondió Alejandro intentando volver a sonreír—, pero no soy muy buen compañero de viaje en estas situaciones.

Sara comenzó a preocuparse. Se veía a las claras que, loco o no, el pobre lo estaba pasando fatal. ¿Qué podía hacer ella? ¿Debería dejarle en paz para que lo superase él solo? Probablemente, sí. Cuanto menos se relacionase con ese hombre, mejor. Pero era incapaz de ver a alguien sufriendo y no hacer nada para solucionarlo.

Se le ocurrió que, si lograba distraerle un poco, hacerle pensar en otra cosa, el mal trago podría ser más llevadero. Se fijó en las enormes manos de Alejandro aferrándose con fuerza a los brazos del asiento, y, entonces, una idea se le vino a la cabeza.

—¿Y esto te pasa sólo cuando viajas en avión? —comentó despreocupadamente—. Lo digo porque, si en las naves espaciales eres mejor compañero, te puedo dejar que vengas en la mía.

Según lo soltó, se arrepintió: «¿En qué estás pensando, Sara? Ahora va a creer que está sentado con una desequilibrada mental».

—¿Qué? —La cara de sorpresa de Alejandro parecía confirmar su suposición. El pobre hasta abrió los ojos para ver si se estaba burlando de él.

—A mí me encanta este momento desde que era niña —continuó Sara intentando explicar su comentario anterior—. Justo cuando el avión va a despegar, me imagino que soy la capitana de una nave estelar a punto de emprender un maravilloso viaje por el espacio.

—Suena muy bien. Sigue, por favor. —Alejandro, un poco más relajado, volvió a cerrar los ojos.

Y ahí empezó el juego.

—Bueno, digamos que, si quieres, puedo dejar que me acompañes.

—Acepto la invitación, pero con una condición —contestó Alejandro con determinación.

—Hum, no sé... ¡Encima que te permito que vengas, pones condiciones!

—Sara estaba metida en su papel, al igual que Alejandro, cuyo rostro ya no parecía tan contraído —. Está bien, seré buena esta vez. Oigamos, lo que tienes que decir.

—Quiero pilotar la nave —Alejandro había conseguido abrir los ojos.

Ella frunció el ceño como si estuviera analizando su petición. Tardó un par de segundos en contestar.

—¿Eres buen piloto?

—El mejor.

—Entonces me parece bien, siempre y cuando acates mis órdenes. Yo soy la capitana y eso no se discute —aseveró Sara.

—¿Eres buena capitana?

—La mejor —respondió, igualando el alarde de superioridad de Alejandro.

—Y ¿a dónde vamos? —El tono de su voz parecía más relajado. Eso era bueno.

—«Al espacio, la última frontera. Este es el viaje de nuestra nave estelar, dedicada a la exploración de mundos desconocidos, al descubrimiento de nuevas vidas, de nuevas civilizaciones, hasta alcanzar lugares donde nadie ha podido llegar».

Aquella frase le encantaba, era como una especie de mantra para ella. Se la había aprendido de pequeña, cuando su madre y ella, acurrucadas en el sofá, la repetían al inicio de cada capítulo de Star Trek. Juntas soñaban con viajes intergalácticos, y miraban a las estrellas pensando que algún día las alcanzarían. Pero su madre partió hacia ellas demasiado pronto y a Sara solo le quedaron aquellos viejos videos que había seguido viendo cada vez que se sentía sola. Los recuerdos se habían ido difuminando con el paso de los años, pero había detalles, como el calor de su abrazo o la ternura de sus besos, que volvían a su memoria con la fuerza del primer día cada vez que el capitán Kirk hacía su entrada en el puente de mando. Y entonces se hacía

más firme su propósito de no darse nunca por vencida hasta haber conseguido su objetivo.

—¿Vamos en el Enterprise? —preguntó con sorpresa Alejandro.

—¡Acertaste! —Sara se extrañó de que hubiera sido capaz de identificar el nombre de la nave que ella, a propósito, había omitido.

—Esto me va gustando —comentó él, haciéndose el interesante—, pero no hemos hablado de mi salario

—Demuéstrame primero que de verdad eres bueno en esto. Hoy en día no te puedes fiar de todos aquellos que dicen que saben pilotar una nave espacial.

El último comentario de Sara consiguió arrancar una sonrisa de Alejandro, pero esta se borró levemente cuando el avión comenzó a acelerar para el despegue. El peor momento había llegado. Con los ojos cerrados, se aferró de nuevo a los brazos del asiento.

—Y ¿qué tengo que hacer para demostrarte lo bueno que soy? —consiguió decir a duras penas, mientras su rostro se contraía por la angustia.

Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, Sara posó su mano derecha sobre la de él y comenzó a hablar con voz firme.

—Imagina que estamos en el puente principal. Delante de ti, una enorme pantalla te muestra la inmensidad del cosmos que nos está esperando. La vida de todos los integrantes de la expedición depende de ti, de tu maestría con los mandos. Esta es la palanca que hace despegar a la nave. Sólo tienes que levantarla despacio, muy despacio. Concéntrate en esta operación, no dejes que ningún otro pensamiento entre en tu mente. —Diciendo eso, le instó con su propia mano a que fuera levantando el brazo del asiento, al tiempo que el avión abandonaba la seguridad de la tierra firme y se elevaba hacia las nubes.

El cosquilleo que siempre recorría el cuerpo de Sara cuando llegaba este momento se vio incrementado por el calor que recibía de la mano que ella apretaba con fuerza. En ese instante, solo pensaba en dar seguridad al desconocido que tenía a su lado.

Alejandro no abrió los ojos hasta que el avión se estabilizó. La mano de Sara seguía apretando a la suya.

—¿Hablamos ya de mis honorarios?

El momento crítico había pasado. Una sonrisa volvía a iluminar su cara. Sara comprendió lo que había sucedido e intentó eliminar el contacto entre

ellos lo más rápido que pudo, pero él no se lo permitió, utilizando su otra mano para retenerla.

—Te doy las gracias por lo que has hecho —dijo muy serio, mirándola a los ojos—. Es la primera vez que no siento que me va a dar un ataque de ansiedad en un viaje así. Normalmente, comienzo a hacer respiraciones como un loco hasta que consigo calmarme. Este remedio me gusta más. La próxima vez que vuele en esta clase de aviones, me acordaré de ti y de nuestra nave.

El tono con que Alejandro pronunció esa última frase y la intensidad de su mirada cuando la dijo hicieron que sintiera una incomodidad extraña, muy extraña... Tanto que tuvo la necesidad de dirigir la conversación hacia otro terreno.

—De nuestra nada —contestó liberando al fin su mano—. Te recuerdo que esta es mi nave. Si quieres tener una para ti, vete buscando otra... El Enterprise es mío.

La carcajada de Alejandro hizo que alguna cabeza se girara para ver de dónde procedía aquel brote de entusiasmo.

Sara cerró los ojos y se llevó una mano a la cara queriendo tapar su resignada vergüenza.

—Vale, ahora pensarás que estoy para que me encierren, ¿no? —dijo, dando voz a los pensamientos que la atormentaban.

—Entonces, propongo que nos encierren juntos —respondió el, y, ante la expresión de Sara, continuó hablando—. ¡Venga! ¿No me dirás que no te has asustado antes, cuando te he...? ¡Bueno, ya sabes, cuando te he... «atacado» de esa manera!

Alejandro no parecía encontrar las palabras adecuadas.

—De verdad, que lo siento muchísimo —se disculpó avergonzado—. Te agradezco que no avisaras a la Guardia Civil. A saber dónde estaría a estas horas si lo hubieras hecho... Todavía ni yo mismo comprendo lo que me ha pasado al verte. Pensarás que me estoy inventando lo que voy a contarte, pero es completamente cierto. No es la primera vez que veo tu rostro.

—Pues te aseguro que yo no te he visto en mi vida —contestó ella sin poder contenerse.

—No he dicho que nos conozcamos, he dicho que yo he visto tu rostro antes. En un cuadro.

Ah, entonces era eso...

—Vale, ya sé lo que ha pasado —dijo Sara más segura—. Te he recordado a alguna mujer de los cuadros de Julio Romero de Torres, últimamente me pasa mucho. Dicen que a la que más me parezco es a Fuensanta, la que salía en los antiguos billetes de cien pesetas.

—Sara, conozco los cuadros de ese pintor y este no es uno de ellos. Del que yo te hablo lleva en mi familia desde hace varias generaciones y lo guarda mi abuelo en su casa. La mujer de ese retrato es igual que tú. No parecida, igual. Solo el color de tus ojos es diferente...—Alejandro tomó aire antes de continuar—. Llevo toda mi vida contemplándola, pero jamás imaginé que algún día podría tenerla delante de mí en carne y hueso.

Aquello sonaba muy raro. ¿Qué pretendía él contándole esa historia? ¿La estaría utilizando para ligar con ella?

—¿Y esto se lo cuentas a todas las que se sientan a tu lado en un viaje? —preguntó Sara con escepticismo.

—Sabía que no me ibas a creer. Lo entiendo —dijo Alejandro con pesar—. Solo quería disculparme.

Y guardó silencio.

Sara contempló con ojos analíticos cómo su expresión había cambiado. Su compañero de viaje se había quedado ensimismado y no le gustó. Por algún motivo irracional deseaba que volviera aquel tipo encantador que le sonreía instantes antes.

—¿Y ahora me vas a decir que esa mujer era una antepasada tuya y que podríamos ser familia? —ironizó Sara, intentando romper el hielo que se había formado entre ellos.

Alejandro captó la jugada. Su voz sonó un poco más alegre, pero no se desprendió del todo de su matiz apesadumbrado.

—No lo creo. Ella perteneció a mi familia durante un breve lapso de tiempo, pero no es una antepasada mía. Según mi abuelo, su historia trajo muchas desdichas y no es algo de lo que nos guste hablar.

Sara pilló la indirecta. El problema era que ahora le picaba la curiosidad y no pudo resistirse a seguir preguntando:

—Y ¿dónde está ese cuadro?

—En la biblioteca —contestó él sin pensar.

—Disculpa —rectificó Sara al comprender lo mal que se había expresado—, quiero decir que en qué ciudad está. ¿En Madrid?

—¡No, qué va! ¡Si mi abuelo viviera en la capital, se moriría! —La idea le hizo gracia y Alejandro recuperó de golpe el buen humor—. Su vida está en Albalut, un pueblecito de Granada. Yo me crié allí con él.

—Pues entonces puedes estar absolutamente tranquilo de que ese cuadro no tiene nada que ver conmigo —siguió la broma ella—. La parte de mi familia que podría tener algún parentesco con la tuya es de Madrid. A Granada no hemos ido ni de vacaciones.

—Pues no sabes lo que te pierdes —replicó con orgullo—. Albalut es un sitio precioso.

Y el ambiente entre ellos volvió a ser cordial. Alejandro le habló maravillas de su pueblo y Sara le picó asegurándole que no conocía a nadie que hablara mal del lugar donde había nacido.

En esto estaban cuando una azafata interrumpió su conversación.

—Por favor, disculpen, pero nos acaban de informar de que debemos cambiarles de asientos.

—¿Perdón? No entiendo. ¿Cómo que nos tienen que cambiar? Puede comprobar nuestros billetes, estamos sentados correctamente. —Sara no soportaría tener un problema más ese día.

—Lamento mucho las molestias. Si me acompañan, lo solucionaremos enseguida. —La situación incomodaba tanto a la azafata que intentaba solvenarla lo antes posible, pero, en su afán por zanjarla, no desvelaba el motivo que la había provocado.

—Señorita, quizá debería empezar por explicarnos qué ocurre —intervino Alejandro, y lo hizo de tal forma que su voz sonó como un arrullo.

La azafata se le quedó mirando por un segundo, y hasta se puso un poco roja cuando este la obsequió con una sonrisa. Todavía tardó unos instantes más en reaccionar, y, cuando por fin lo hizo, buscó con la mirada a Sara y bajó los ojos un tanto avergonzada. Esta contemplaba las reacciones de la joven con curiosidad. Volvió a preguntarse si su acompañante sería algún actor de cine o algún famoso que ella no conociese, pero entonces comprendió lo que estaba pasando. A la chica le gustaba Alejandro y se había sentido pillada in fraganti por la que ella consideraba su pareja: Sara. Casi le pareció divertido.

—No se preocupen. Simplemente es que, por razones operativas, nos han informado de que tenemos que reasignarles asientos en preferente.

—Pero ¿hay algún problema? —insistió Sara preocupada.

—Ninguno, señora —contestó la azafata con una sonrisa un tanto forzada—. Es algo habitual en algunos vuelos.

A Sara aquella explicación no acababa de cuadrarle. Iba a replicar cuando Alejandro intervino.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Estaremos encantados de disfrutar de nuestros nuevos asientos, ¿verdad, Sara?

—Sí, por supuesto —dijo ella sin mucha convicción.

—Acompáñenme, por favor.

Ambos cogieron sus pertenencias y siguieron a la azafata hacia la parte delantera del avión. La joven les mostró dónde podían sentarse, al tiempo que les preguntaba si deseaban tomar una copita de champán antes de que les sirviesen la comida. Los dos se sincronizaron para responder a la vez, no así en sus contestaciones.

—No, gracias —aseguró Sara.

—Sí, gracias —afirmó Alejandro—. ¡Venga, ¡anímate! No me hagas quedar como un borrachuzo tomando alcohol yo solo a estas horas del día.

Sara pensó: «No, de verdad. Yo nunca bebo», pero en lugar de eso se oyó a sí misma decir:

—Vale, está bien... Todo sea por mantener intachable tu buen nombre.

—Enseguida se lo traigo —dijo la azafata, y desapareció.

—No está mal el cambio, ¿verdad? —Alejandro parecía encantado. Se había estirado en posición relajada—. Estos asientos ya son otra cosa. ¡El otro me estaba matando! Ya empezaba a considerar la idea de echarme las piernas al hombro...

Sara no se había fijado en ello hasta entonces pero, para un tipo de su altura no debía de ser muy agradable pasar tanto tiempo con las rodillas pegadas al asiento delantero. Ahora se le veía cómodamente instalado.

Otra azafata, más veterana que la anterior, llegó con las copas. Cuando le entregó la suya a Alejandro, la acompañó con una sonrisa demasiado insinuante para el gusto de Sara.

Una vez solos, Alejandro propuso un brindis. Ella tuvo que acercarse un poco, porque habían dejado un asiento entre los dos, como era usual en preferente.

—Para que seamos tan afortunados en nuestros respectivos viajes como lo hemos sido ahora.

Chocaron sus copas. Pero, tras el primer sorbo, el sabor exquisito de aquella bebida trajo a la memoria de Sara dolorosos recuerdos de la última vez

que lo disfrutó. Se obligó a desecharlos y buscó algún tema de conversación que borrara las imágenes que la estaban torturando. Dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Bueno, no quiero ser aguafiestas, pero al final no nos han dicho cuáles son esas razones operativas para cambiarnos. Puede que haya algún problema que no quieran que sepamos.

—¿Siempre miras las cosas desde el punto de vista negativo?

A Sara le sorprendió la pregunta.

—No.

—Ya veo. —Pero, por su tono, estaba claro que Alejandro no la creía.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, bebió otra vez de su copa antes de contestar:

—Lo que pasa es que soy «una optimista muy realista».

—Me gusta esa definición..., pero ¡no cuela! —bromeó Alejandro.

Tras otro trago, Sara empezó a relajarse. Entonces se fijó en que una mujer de unos cuarenta años se giraba por tercera vez para mirar a Alejandro.

Y, en ese momento, se decidió. No pudo aguantar más y lo soltó de golpe con gran curiosidad:

—Perdona, pero ¿eres un actor famoso o alguien de la tele?

—¿Cómo dices? —contestó Alejandro, dando la impresión de no entender a qué se refería.

—Sé que te parecerá raro lo que te estoy preguntando —Sara se animó a indagar—, pero es que no hago más que ver a mujeres que se te quedan mirando todo el rato. ¿Eres algún futbolista famoso? ¿Te dedicas al mundo de la televisión o del cine? No estarás liado con alguna de esas *celebrities* que salen en la prensa rosa, ¿no?

Esta vez, la carcajada de Alejandro se oyó hasta en cabina.

Ella no esperaba que reaccionara así y se mosqueó. De un solo trago, apuró el resto de la copa y la dejó en la bandeja del respaldo delantero.

—Mira, no entiendo qué es lo que te parece tan gracioso, pero tampoco creo que reírte de mí de esa manera sea justificable. —Sara se sentía un poco humillada e intentó salvar su «honor» como pudo—. No soy una persona que esté al día en determinados temas. No tengo tiempo para esas cosas.

—¡Perdón, perdón, perdón y mil perdones más! —Alejandro, todavía jovial, dejó su copa en la bandeja y se cambió rápidamente de asiento para cogerle las manos suplicando clemencia. Eso no se lo esperaba Sara—. Lamento

muchísimo haberme reído así, pero te juro que no he podido evitarlo. No era de ti, sino del hecho de verme a mí mismo saliendo en televisión o revolcándome en la playa con alguna de esas asiliconadas a las que no soporto. Además, ¡odio las cámaras! Desde pequeño me he sentido idiota delante de ellas. No soy nada fotogénico.

Sara no se lo creyó. Él continuó justificándose:

—¿Tú has visto mi nariz? ¡Llega a los sitios dos horas antes que yo! Seguro que por eso me miraban las mujeres que decías. Hace unos meses, un niño al verme me preguntó preocupado que si de pequeño yo decía muchas mentiras. ¡Solo le faltó llamarme Pinocho!

El tono cómico de Alejandro contagió a Sara, y, a pesar de su resistencia, una leve sonrisa se le formó en los labios. Se fijó un poco más en el rostro masculino y tuvo que reconocer que tenía un apéndice prominente, pero que no desentonaba para nada con el resto de sus facciones. Al contrario, unido a una fuerte mandíbula, quizá también en exceso cuadrada, y a unas cejas gruesas, el conjunto aportaba un toque de dureza varonil, sin llegar a ser agresivo por el efecto cálido que la luminosidad de sus ojos azules operaba en el resultado final.

A la mente de Sara vino la poética frase que Gérard Depardieu esgrimía contra el patán que había osado mirarle con descaro a la nariz. Aquella película le encantaba, y en el colegio le había valido para conseguir un sobresaliente en el trabajo que hizo sobre *Cyrano de Bergerac*. Ahora, sin darse cuenta, comenzó a recitar los versos en voz alta:

—«Una gran nariz es la mejor amante de un hombre afable, bueno, cortés, espiritual, liberal, valiente...»

—«...y yo soy tal cual» —terminó de entonar Alejandro, inclinando levemente su cabeza a modo de reverencia.

Durante unos segundos, se produjo un silencio extraño entre ambos. Sus manos todavía permanecían unidas.

Por suerte, un miembro masculino de la tripulación interrumpió con su presencia el momento íntimo que habían compartido. Como impulsada por un muelle, Sara se liberó de su acompañante.

—Perdonen que les interrumpa, pero tenía órdenes de entregar este paquete a la señorita —dijo el azafato, extendiendo hacia Sara un objeto rectangular envuelto en papel rojo.

—¿A mí?

—Sí, en efecto —dijo entregando el paquete sin dar más explicaciones. Ella lo cogió y lo dejó en su regazo.

—¿No vas a abrirlo? —interrogó curioso Alejandro, cuando volvieron a quedarse solos—. ¡Vale, lo pilló! No quieres que vea la sorpresa que te ha enviado... ¿tu novio?

El gesto que hizo Sara daba a entender que no era su novio quien se lo había enviado.

—¿Un admirador secreto?

El tono de Alejandro comenzaba a ser un poco inquisitivo y esto la molestó.

—Y ¿¿a ti qué te importa quién me lo haya mandado?! —Uf, se había pasado un poco con la contestación. No pretendía sonar tan borde.

—Pura curiosidad... igual que la tuya. O ¿tengo que recordarte que hace un minuto estabas deseando saber quién era yo y con quién me acostaba?

—*Touchée*. No tengo ni idea de quién me lo envía, ni de lo que puede ser—. Bueno, algo sí que se imaginaba, pero no iba a decírselo.

—Yo diría que es un libro... Ábrelo y salgamos de dudas —sentenció Alejandro.

Con cierta reticencia, Sara comenzó a desenvolver el paquete. Efectivamente, era un libro. En la portada rezaba el título: *Caballero Improvisado*.

Ya sabía quién era el remitente: su amiga Marta. Ella era la única que podía conseguir que el personal de vuelo se involucrara en sus juegos y, encima, le entregaran un regalo como ese.

Lo abrió por la primera página y contempló la dedicatoria: «Disfrútalo y ámate a probar cosas nuevas». Lo firmaba M. ¡Ya se lo podía haber dado el día anterior cuando se despidieron! Pero, no, a su vecina le encantaban las sorpresas. En el fondo, era como una niña llena de ilusión que todavía creía en los cuentos de hadas. ¿Quién, si no, se iba a embarcar en una aventura empresarial como aquella en plena crisis económica? Marta. Ella era así.

—¿Ves como era un libro?! ¿Sabes ya quién te lo ha regalado? —Alejandro seguía con su pesquisa personal.

—Sí —respuesta escueta. No le apetecía ponerse a dar explicaciones.

—Supongo que eso quiere decir que no piensas decírmelo... —la azuzó.

—Acertaste.

Sara buscó su bolso para guardarlo allí, fuera de la vista de Alejandro.

—Entendido... Por cierto, si no lo vas a leer ahora, ¿te importaría prestármelo para lo que queda de vuelo? No me he cargado ninguna lectura en el móvil y no me apetece pedir un periódico.

Si le respondía con otra negativa, iba a resultar un poco maleducada.

—No creo que te guste este tipo de literatura, pero allá tú —dijo tendiéndole el libro.

Marta siempre le recomendaba novelas románticas, y esta, con ese título, tenía pinta de ser de lo más pastel. Sin embargo, Sara nunca había leído ninguna de sus sugerencias. No tenía tiempo para esas cosas. Informes, estudios y artículos científicos eran la única lectura que la acompañaba noche y día desde hacía mucho tiempo.

—Yo leo de todo. Además, según pone aquí, es un best seller. Por probar no pierdo nada. —Sara no se había dado cuenta de aquel detalle de la portada.

—Imagino que no —concedió.

—Pues, con tu permiso, voy a compartir el resto del viaje con los personajes de este libro.

—Tienes mi aprobación. Yo me concentraré en la música.

Mientras Sara sacaba de nuevo su móvil del bolso, vio cómo Alejandro contemplaba la dedicatoria que le había escrito Marta. Después la miró a ella con una pregunta en los ojos, pero no dijo nada. Simplemente, pasó la página y comenzó a leer.

Sara estaba segura de que a los pocos minutos se cansaría y lo dejaría, pero ocurrió todo lo contrario. Hasta trajeron la comida y él seguía leyendo sin apartar la mirada del libro que tenía colocado encima de la bandeja del asiento delantero. De pronto, se reía como si alguna escena le estuviera haciendo mucha gracia. Luego, se quedaba serio, muy concentrado, mirando el papel con expresión casi felina. Todo su cuerpo parecía en tensión. A continuación, se giraba, buscando a Sara con la mirada. Esta se hacía la tonta para no darse por aludida. Finalmente, se revolvió en su asiento, como si estuviera incómodo por algo. Segundos después, volvía a concentrarse en su lectura.

Sara no decía nada, solo le echaba miraditas furtivas para no llamar su atención, pero se moría de ganas de averiguar qué estaba leyendo. No podía creerse que lo que ella consideraba una novela rosa le gustase tanto.

Cuando por fin el comandante del vuelo les indicó por megafonía que se disponían a aterrizar, Alejandro cerró el libro y con una mirada enigmática se lo entregó.

—Mejor será que te lo devuelva ya.

—¿Te está gustando? —La pregunta le quemaba en la lengua desde hacía rato.

—Estoy impresionado. No conocía a esta escritora. Nunca había leído una historia como esta. —Sus últimas palabras encerraban un significado que Sara fue incapaz de descubrir, aunque por su tono estaba segura de que él esperaba que lo hiciera—. En cuanto pueda me lo compraré, me pica la curiosidad saber cómo termina.

—Pues, si es tan bueno, tendré que leerlo yo también.

—Imagino que M estará deseoso de que lo hagas.

No pensaba sacarle de su error. Si quería creer que M era un chico, que lo hiciera.

—Seguro que sí.

El brusco descenso cortó la conversación. Alejandro volvía a reflejar en su cara la tensión que le provocaba aquella situación. Una vez más, cerró los ojos y apoyó su espalda en el asiento. Después, sin decir una palabra siquiera, apretó con fuerza sus dedos, entrelazando la mano que Sara le ofrecía. Esta sintió que una corriente invisible recorría todo su cuerpo por aquel contacto, y su piel se estremeció al notar la poderosa energía que desprendía Alejandro. No podía apartar su mirada del vínculo carnal que acababa de establecerse entre ellos. Y, en el fondo, lo que más la sorprendía era darse cuenta de que ella misma lo había provocado.